

SAN VICENTE FERRER, PREDICADOR DE LAS SINAGOGAS

por VICENTE BELTRAN DE HEREDIA, O. P.

El episodio de la iglesia de la Veracruz, tan conocido en Salamanca, episodio rigurosamente histórico, aunque adornado por la leyenda, no es más que una muestra de la campaña emprendida por el Taumaturgo Valenciano para atraer a los judíos al seno de la Iglesia. Esta campaña adquiere todo su realce encuadrada en el marco del esfuerzo multiseccular desplegado por España para resolver el añejo problema israelita, problema complicado y difícil que venía preocupando desde los comienzos de la edad media. Brevisísimamente voy a delinear sus últimas fases en el aspecto religioso y doctrinal, para situar luego adecuadamente la actuación de nuestro Santo, decisiva en cierto sentido en ese mismo aspecto doctrinal y religioso.

Si analizamos las actividades de apostolado y de cultura religiosa emprendidas por la España cristiana a partir del siglo VIII, comprobaremos que una parte considerable tiene por objeto la conversión del elemento hebreo disperso por estas regiones. La conversión del Islam es problema posterior y se plantea en otra forma, aunque al correr de los siglos vengán a situarse ambos en posición paralela.

Ni con uno ni con otro pueblo era posible el apostolado directo. Pero el contacto y colaboración asidua de sus hombres de letras con el elemento sabio de los cristianos en empresas de índole cultural se prestaba a un intercambio de ideas y a discusiones científicas, que muchas veces recaía sobre temas afines a lo que hoy llamamos preámbulos de la fe. Situados en ese terreno común, era fácil a nuestros controversistas derivar la discusión hacia el campo de las diferencias religiosas que separaban a unos de otros, argumentando según las normas trazadas por Santo Tomás precisamente para estos casos concretos a petición de San Raimundo de Peñafort. Así se llegó a dar estado normal a la discusión, a la alta controversia religiosa, siendo el mismo Santo catalán el encargado de dirigirla. Para ello era preciso conocer las lenguas respectivas, el hebreo y el árabe, la literatura filosófica y religiosa de ambos pueblos, su historia y costumbres, etcétera. A eso se ordenaban las famosas escuelas de lenguas semíticas que se organizaron y pusieron bajo la alta dirección del codificador de las Decre-